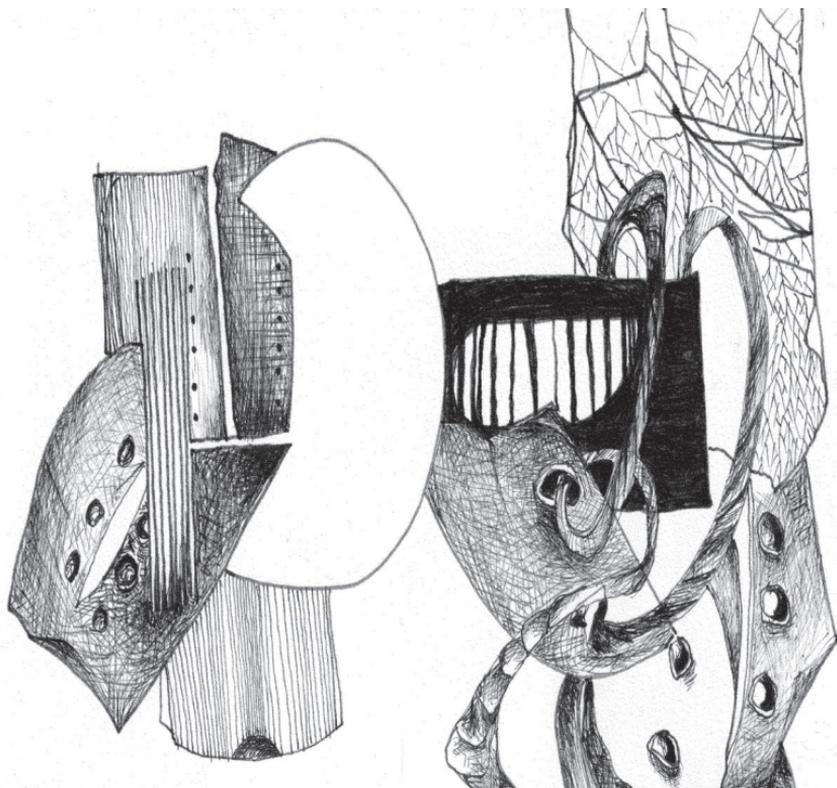


el SUEÑO del
pez
gato



NETZAHUALCÓYOTL
soria


Naveluz

COLECCIÓN MANDRÁGORA



el SUEÑO del
pez
gato

NETZAHUALCÓYOTL
Soria



Naveluz

NAVELUZ:
Benjamín Barajas, **director de la colección**

Édgar Mena
Edición & dirección de arte

© Netzahualcóyotl Soria, por los textos.
© Carlos M. Márquez por las ilustraciones.

Primera edición, 2015

Esta edición & sus características son propiedad de la Universidad Nacional Autónoma de México, por lo que no pueden reproducirse, almacenarse en un sistema de recuperación, o transmitirse en forma alguna por medio de cualquier procedimiento, sea este mecánico, electrónico, de fotocopia, grabación o cualquier otro que no se haya descubierto aún, sin el previo permiso del autor o del editor.

NAVELUZ

Secretaría General, Departamento de comunicación,
Proyectos Editoriales &
Departamento de impresiones de CCH Naucalpan.
Calzada de los Remedios 10, Colonia Los Remedios,
Naucalpan, México, CP. 53400
Impreso en México

Printed in Mexico

el SUEÑO del
pez
gato

NETZAHUALCÓYOTL
Soria



❧ Este libro fue ilustrado con el trabajo de Carlos M. Márquez.



 *Para Arcelia*

 *Para Enrique Azúa Alatorre & Mario Cuevas Becerril*



LA DONCELLA EN LA TORRE

OYÓ CUANDO SUS PADRES SALIERON AL INSTITUTO, pero el sueño lo venció de nuevo. Poco después, como siempre a las siete y media, oyó los pasos de la mamá de Clarisa. Ellas vivían en el quinto piso, justo en el departamento de arriba, y los taconazos apresurados retumbaban en todo el edificio. Durmió hasta las once, cuando lo despertó su propio sueño.

Buscó los anteojos y el alimento para los peces. Lo tranquilizaba contemplar la pecera amplia, de agua lenta, con sus ágiles peces bala, el baile cadencioso de los pangasios, la indiferencia de los peces gato de manchas pardas y la luz tenue de los neones.

De un maletín que escondía bajo la cama sacó un cuadernito cuadrado y forrado cuidadosamente de negro, en cuya portada sólo había un recuadro con una s de tipo gótico que Bruno copió de una enciclopedia. Con letra menuda y bien dibujada empezó a escribir su sueño, pero recordó sin agrado que hacía varias noches que soñaba con torres, pero no había escrito nada.

Grito, un ojo, una uña de mujer. Sangre, dolor. Sol, color, sol.

No entendía y no podía leerle nada nuevo a Clarisa. No eran pesadillas, pero Bruno despertaba tenso y con la sensación de no haber descansado. Guardó su cuaderno. Debía darse prisa. Tenía que recoger el departamento, prepararse la comida antes de que llegaran los padres y hacer la tarea de Biología. Aunque era su materia favorita había faltado las últimas clases y su maestra lo había mirado enojada el día anterior, cuando se encontraron afuera de la escuela. Le dolía esa mirada pues, además de inteligentes, los ojos de la maestra Mónica Azuara parecían llenos de simpatía hacia él.

Debía llegar temprano al Colegio. Entraba hasta las cuatro pero necesitaba planes muy rigurosos para no llegar tarde, aunque el Colegio se localizaba a unas cuadras de su edificio. Generalmente llegaba a las cuatro veinte o después. No era simple flojera. De veras le gustaba estudiar, sin embargo encontraba conocidos con quienes no deseaba platicar pero que lograban detenerlo. Comentaba una película que no había visto o

admiraba con ellos una muchacha que no le llamaba la atención; o fumaba los cigarros que le ofrecían aunque no le gustaba fumar. A veces lo detenían otras cosas: se sentaba en una banca a pensar o a escribir, pasaba a Gigante a comprar una revista o acompañaba a Clarisa a algún mandado.

Debilitado, iba a buscar su libreta de Biología pero mejor se decidió por el cuaderno negro, el sueñario. Apenas lo hojeaba cuando alguien tocó la puerta. Escondió el cuaderno y abrió.

Clarisa deseaba aparentar más edad y menos estatura. Aún no se maquillaba como las muchachas del Colegio: iba en tercero de secundaria y ni en la escuela ni en casa se lo permitían. Pero le iba bien la diadema de plástico que le detenía el pelo.

—Vamos al parque.

De pronto la descubrió distinta, lejana. Qué distinta era de la maestra Mónica, y de los compañeros del Colegio. Con ellos Bruno nunca platicaba de nada que me importase. A Mónica hubiera querido contarle más sobre él, pero quizás su mirada cariñosa desaparecería.

A medio vestir, Mónica se dejaba acariciar los pechos. Besaba su boca. Estábamos en el laboratorio 5. Sabía que Clarisa estaba apunto de entrar. Y Mónica empezaba a mirarme con tristeza, ¿por qué eres tan raro? Yo empezaba a vestirme: “Sí, soy un poco tímido, pero me gusta la Biología; también leo mucho”.

Clarisa lo visitaba siempre preocupada: ocasionalmente los peces no querían comer, uno desaparecía o se le morían sin causa aparente. Platicaban mucho. Oían sonatas de Brahms hasta que Clarisa pedía algo bailable. Y Bruno le leía siempre alguna selección de su sueño.

Clarisa también escribía. Llevaba su diario en un cuaderno destartado. Cuando tácitamente consideraban que los sueños de Bruno ya estaban bastante sondeados, revisaban los días de Clarisa.

Hoy nos fuimos de pinta. Yo y las grandes. Y las estúpidas gemelas Torres. Queríamos ir a bailar pero a las 7 de la mañana no hay dónde. Tuvimos que caminar y caminar. A las 9 las gemelas dijeron que había que ir a Gigante. Y ahí vamos. Y que nos encontramos a la maestra de mate comprando chorizo.

Había algo de vergüenza, al menos de parte de Bruno: sus páginas prohibidas, hijas de sus malos sueños, que se multiplicaban poco a poco. Creía que ella captaba parte de ese mundo oculto: a veces se despedía con una mirada ausente y dura, intrigante, pero que la vez lo obligaba a no preguntar nada.

—Si ves a mi mamá —dijo Clarisa en el parque— no le vayas a decir que me expulsaron de la escuela. Siempre dice: “Si repruebas el año te juro que te mato”.

Para Bruno la mamá de Clarisa era unos taconazos apurados y nerviosos que lo despertaban todos los días. También, el contoneo de una figura aún atractiva, una boca muy roja y un cigarro delgadito en una mano fina.

La suponía secretaria de Petr6leos Mexicanos. Resultaba m1s conocido Huberto, su amigo o lo que fuera. Tambi3n trabajaba en Petr6leos y hab3a estudiado en el Polit3cnico con el pap1 de Bruno, quien siempre lo recordaba con resentimiento por ciertos fraudes estudiantiles. “As3 cualquiera llega lejos”, dec3a. Huberto tambi3n despreciaba a su antiguo compa1ero: “¿Sigues de maestr3to, Manuel?”, re3a cuando se encontraban en las escaleras.

Me lo contaron las gemelas Torres, las del tercer piso. Siempre hablan de lo lindo que ser3a conocer Nueva York y sus torres gemelas (“¿t3 crees que alguien viva all3 o s3lo hay oficinas?”) pero ese d3a me dijeron: “¿Sabes que el novio de do1a Paty es su pariente?”. “¿Do1a Paty?”, respond3. “S3, menso, la mam1 de Clarisa”.

—Las gemelas Torres, ¿eh?

Se sentaron en un mont3culo cubierto de pasto bajo la sombra de una jacaranda.

—Huberto es medio hermano de mi pap1.

Bruno no pudo escapar de los ojos de Clarisa, de un negro encendido, que nadaban lentamente desprendiendo una dura luz. Sus ojos normalmente eran casta1os, no negros, y Bruno los volv3a a mirar buscando los de antes, a la Clarisa de antes.

—Siempre nos peleamos. ¡Me regaña como si fuera mi pap1! ¡Qu3 le importa si me voy de pinta o si fumo en el ba1o!

No pudo soportar tanto odio reconcentrado en las pupilas de Clarisa; sus párpados se abatieron.

—Le va a prestar dinero a mi mamá para que me encierren en una preparatoria de monjas. Y lo que me da más coraje no es que se deshaga de mí, sino que no lo haga con su dinero. ¡Es un préstamo!

—A mi papá le gusta comer siempre a la misma hora y tener las camisas bien planchadas. Dice mi mamá que por eso se divorciaron...

Soplaba un aire suave; Bruno se recostó en el pasto y volvió a cerrar los ojos.

—...me pedía buenas calificaciones, puros dieces. Sacaba un ocho y se enojaba, sacaba un nueve y me abrazaba. Veíamos juntos el beisbol. A mí no me gusta pero lo veía. Y bailábamos mucho. Sólo por bailar con él me hubiera gustado hacer fiesta de quince años; mi mamá dijo que tendría que bailar con Huberto...

Mirando pasar las nubes se imaginaba a Clarisa bailando con un militar viejo y muy elegante.

—...ahora vive en Monterrey y no sabe que voy mal en la escuela... ni que sigo bailando...

Todos duermen. Camino en la oscuridad. Una voz me detiene. Respondo algo. Sé que me van a torturar. Confieso. Sí, fui yo. No sé de qué me acusan. En mi mano empiezan a escribir algo con una navaja. Entonces grité y vino mi mamá a verme.

—...casi no nos escribimos, pero en cada carta...

Clarisa se interrumpió porque vio a Bruno muy concentrado. Se recostó junto a él y se puso a mirar el cielo, de un azul majestuoso muy extraño en la ciudad de México; las escasas nubes parecían hipopótamos, blancos y gordos. Quiso cerrar los ojos como Bruno pero apenas lo hacía volvía a abrirlos para mirar las nubes. No podía pensar en nada, quería platicar.

De pronto oyó que Bruno roncaba.

Cabrón. Esto no se lo voy a perdonar nunca.

Una mujer me miraba fijamente. “Sé de qué vas a morir”, me dijo. Metió una mano en mi boca hasta la garganta, y sacó de ahí, con dificultad, una daga pequeña. Ya sé por qué me dolía tanto.

Despertó entonces para encontrarse con dos oscuros soles radiantes de odio.

Casi sin mirarse —apenas breves encuentros de ojos fugitivos— regresaron al departamento de Clarisa. Subieron cuidadosamente los cinco pisos del H14 mirando cada escalón. En el departamento sólo encontraron los cinco peces espada de Clarisa.

—No les he dado de comer.

Clarisa tampoco había desayunado. Se apreciaban en la cocina platos sucios de tres días. Era obvio que nadie se había sentado en esa mesa desde entonces. En lo que Clarisa fue al baño por el alimento de los peces, Bruno tropezó con el teléfono, se sentó en una falda

que estaba en el sillón y se recargó en una pequeña virgen de yeso. ¿Qué hacía todo eso fuera de lugar? ¿Y qué hacía él ahí? Clarisa regresó con una luz de pez neón en los ojos: brillante y en calma.

Fue a su recámara y Bruno, para no sentarse en otra sorpresa, se recargó en la ventana: el cielo seguía azul y destacaba entre los edificios de la ciudad la torre de Petróleos Mexicanos: tan larga y solitaria.

—Es una gran ventaja vivir en una torre —Clarisa encendió un cigarrillo delgado: labios pintados, gabardina, falda corta, sombrero, tacones y collares—. Nos mantiene en línea: las mujeres bellas somos esbeltas como las torres.

Puso en el tocadiscos una balada de Elvis Presley. Lo apretó decidida y bailaron con naturalidad, a pesar de que Clarisa fumaba y de la torpeza de Bruno.

Bruno tragó saliva. Antes de que alcanzara a besarla, le dio un pisotón. “Bruto”, dijo ella. Él se avergonzó y se frustró tanto que prefirió sentarse, ahora sobre un retrato familiar. Clarisa siguió bailando. En la foto apenas podía adivinarse una expresión severa del padre, pues el rostro había sido censurado por una etiqueta: Gigante, 44 pesos; Clarisa, como de ocho años, estaba vestida de ballerina; la madre, con sus collares y sus labios rojos, en actitud desafiante.

Cuero Viejo llamó a mi mamá. Un reporte más y la expulsamos. Maldita vieja. No sé qué le pasa a esta niña tan descarriada, ya no sabemos qué hacer con ella. Estúpida.

Clarisa bailaba sola: una niña disfrazada, de ojos nostálgicos. Era como si de pronto tuviera mayor edad. En el retrato la mirada de la señora golpeaba a Bruno, áspera. Aunque los ojos de Clarisa no poseían esa fuerza, advirtió que habían heredado la nostalgia. Miraba a Clarisa y miraba el retrato. Se sintió entre ciego y tonto por no haber notado nunca el parecido entre las dos mujeres: la frente amplia, la nariz agresivamente afilada, la boca delgada y los ojos, duros o chispeantes, pero inevitablemente tristes.

¿Soy coqueta? ¿Este juego estúpido es una forma de la coquetería?

Se ruborizó, placentemente confundida. Bruno la estrechó y ella quiso zafarse un poco pero él la apretó más. Ya tenía la fuerza de un hombre. Bruno era un hombre de mirada sombría que la sujetaba con fuerza. Estaban solos en el departamento y si su madre o el tío Huberto entraban, ella nunca podría explicar qué estaba haciendo. ¿Podía explicárselo a sí misma? Quiso zafarse de nuevo pero se sintió debilitada. Una oleada de coraje le permitió patear la pantorrilla de Bruno.

—Voy por la ropa limpia —se escabulló antes de azotar la puerta.

Bruno estaba aturdido. Se frotó los ojos y miró alrededor. Como si lo llamara, descubrió un cuaderno profesional un poco maltratado, que ostentaba una escritura grande, redonda y descuidada. Gracias a Dios llegué tarde a la escuela y Cuero Viejo

me expulsó dos días, ¿te gustaría ir al parque, Bruto? Malditas viejas brujas, sobre todo tú, Cuero Viejo, Cuero Viejo, que de todo te arrugas, ¿quién te hizo tan chismosa? Si se entera mi mamá, otra cueriza.

¿Por qué estaba ahí ese diario? Pasó algunas hojas y encontró el retrato de un hombre, de mirada analítica y rostro adusto. Parecía con enojo permanente, pues la severidad de los ojos era tranquila. Vestía un abrigo oscuro que lo hacía ver como militar. La foto marcaba una página.

Una, dos, tres, diez, ¿cuántas veces me pegó?, traidor, ¿le dio coraje que le dijera que no es mi papá, no eres esposo de mi mamá, no nos des órdenes?, y luego la mano delincuente, la que viola y manda, pero no lloré, no lloré, quería morirme, pero no ahí, frente a él.

Aquella tarde Clarisa había entrado súbitamente al departamento de Bruno para llorar. Él la interrogaba pero nada respondía. “Eso nos pasa a todas”, dijo la mamá de Bruno, “dale una Buscapina”. Le llevó un vaso de leche y la pastilla. Clarisa se la tomó sin decir nada y Bruno leyó para ella el sueño de los peces voladores.

Bruno volvió al cuaderno y recordó el suyo, escondido bajo la cama en un maletín. ¿Por qué estaban los días de Clarisa a la vista de todos? Había en las páginas que él desconocía algo de grito, de llamada de auxilio. Le pedía ayuda desesperadamente, quería que la salvara. ¿Cómo?

Clarisa lo esperaba en la azotea del edificio mirando hacia el centro de la ciudad, sentada en un borde y con la ropa interior recién descolgada de los tendederos en la mano. Sonrió al advertir a Bruno. El aire la despeinaba y a pesar de su disfraz se veía muy niña otra vez. Ella dejó de sonreír cuando reconoció el cuaderno.

—¡Es mi diario! —gritó furiosa y caminó hacia el límite de la azotea. Bruno la siguió con gran malestar: era apenas la segunda vez que trepaba al techo del edificio y no estaba familiarizado con nada. —¿Por qué lo cogiste? Esto es demasiado, me das asco, no puedo confiar en nadie.

Bruno trató de tomarla de los hombros.

—¡Suéltame! —gruñó Clarisa, se soltó y arañó la cara de Bruno; él la abrazó y sintió su cuerpo duro y frágil. La estrechó y por vez primera obedeció al impulso de besarla. Ella dejó de rasguñar y en su boca sorprendida penetraron los labios de Bruno. Aflojó el cuerpo y él pudo estrecharla más. No pensaba nada: sus labios, dientes y lengua se confundían: besaban, probaban, mordían, y todo lo percibido era Clarisa: ese sabor de agua clara, esos labios nerviosos, esa lengua tímida; también esa espalda que se tensaba y esas caderas hospitalarias en que descansaban sus manos.

—¡Clarisa! —chilló una voz aguda: la mamá de Clarisa los amenazaba con uno de sus zapatos de tacón altísimo.

—¡Baja al departamento!

—Déjame en paz, mamá.

Arremetió contra ella pero Bruno se interpuso.

—Chamaquito pendejo.

Al intentar el ataque perdió el equilibrio y cayó de nalgas. Bruno perdió de vista a Clarisa sólo un instante y cuando la buscó ya no estaba. La señora rechazó la mano, y Bruno no pudo evadir la imagen que se le mostraba: la falda, abierta, ostentaba las piernas largas y carnosas, ceñidas a unas medias transparentes. Y la blusa también se abrió: pechos, brasier, pantaleta, piernas. Entonces fue consciente de cada milímetro de su piel, de las ganas de brincar, de patear, de gritar. El cuerpo joven que apenas antes había estrechado, la boca fresca y ansiosa, el otro cuerpo altivo, de pronto humillado y exhibido lo habían despertado en verdad: vivía.

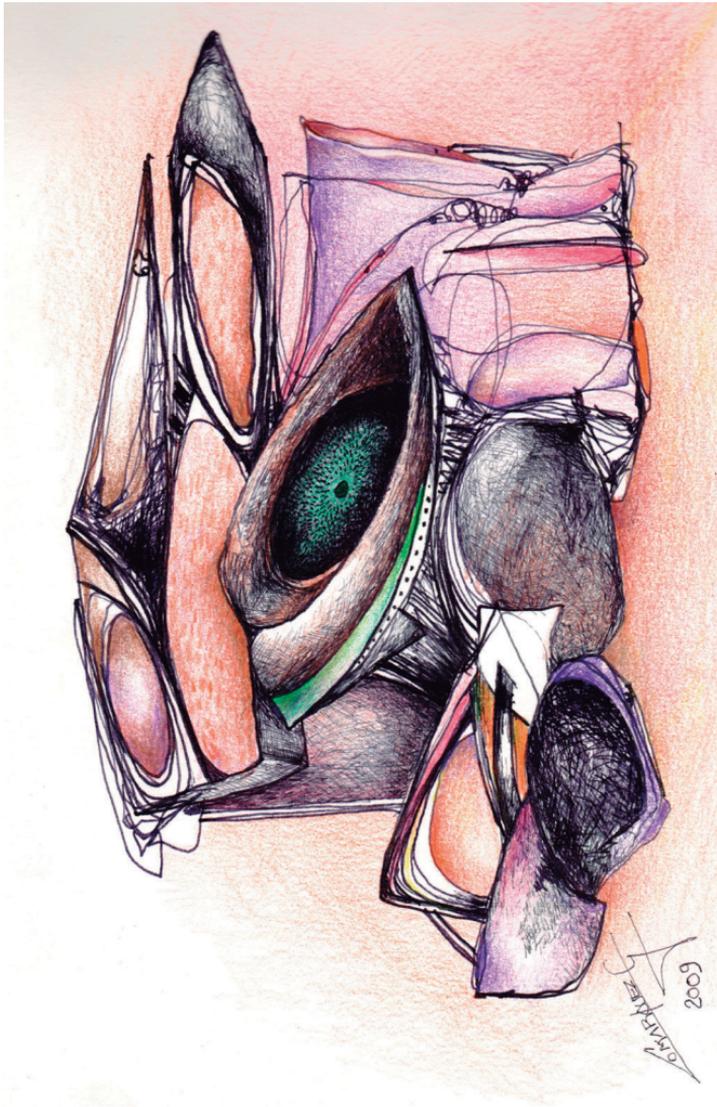
—¿Disfrutando el espectáculo? —un hombre fornido lo zarandeaba por los hombros, y los anteojos de Bruno cayeron.

Un golpe lento, seco, se hundió en su abdomen, le robó el aire, lo hizo contraerse y toser. El hombre tomó aire y Bruno pudo entreverlo: traje gris, corbata.

Se hallaba solo en la azotea. Buscó los anteojos y fue a asomarse al vacío: un tubo de drenaje lo suficientemente firme descendía junto a las ventanas. Cada medio metro fuertes soportes lo sujetaban a la pared; ahí cualquiera podía apoyar los pies. Al fondo, en la jardinera del edificio, Bruno distinguió el cuaderno destartado de Clarisa. Temeroso, inició el descenso. No, definitivamente no sufría acrofobia, pero tenía que respirar hondo y andarse con tiento, exagerando

la lentitud. La ventana de Clarisa estaba cerrada y prefirió no tocar. Descendió un piso más, aferrándose dolorosamente al tubo metálico, a los soportes de gruesos tornillos, pies y manos convertidos en garras, en ojos, en su cuerpo entero. Su ventana se encontraba abierta. Parecía fácil pegarse al borde, pisar la cornisa (era menos de un metro) y entrar, siempre y cuando no mirara al vacío, pero el vértigo que comenzaba a imponerse lo hizo dudar unos instantes. Había sido una mala idea. ¿Por qué no había tomado la escalera? Pero era peor quedarse ahí. Le aterraba la idea de regresar a la azotea o seguir bajando hasta el suelo. Y la taquicardia, el sudor, la rigidez en los músculos. Era menos de un metro. No soltaría el hierro del tubo hasta que tuviera la otra mano dentro de su habitación... Tomó aire.

Clarisa lo esperaba sentada en su cama, leyendo su sueñario. Necesitó unos segundos para recuperarse, y al cabo le quitó el cuaderno que arrojó por la ventana, y se sentó junto a ella. Deseaba regresar a donde se habían quedado, robarle el aliento, llenarse la boca de su saliva; sus manos querían recorrer los muslos de Clarisa, despertar sus pequeños pechos, abarcarla toda. Pero sólo la abrazó. 





CAMINO DE LUCIÉRNAGAS

GAMALIEL VIO QUE ESTEBAN CORTABA EL ÚLTIMO BOLETO. Eran las diez y veinte. Se acomodó la corbata y echó una mirada al interior del autobús: a lo mucho había diez pasajeros desperdigados en los asientos. Después de las vacaciones, el trabajo de chofer era demasiado tranquilo.

—Listo. Culiacán nos espera —dijo Esteban al subir.

Un viaje más, pensó Gamaliel, mientras salían de México. Tomó la autopista a Querétaro y Esteban puso a trabajar el sistema de video.

—¿Qué película damos esta noche? —preguntó Gamaliel.

—La otra vida —bostezó Esteban.

—Curioso.

Después de la segunda caseta, el paisaje es totalmente campirano. A Gamaliel le encantaba la sensación que le producía viajar de noche. Imaginaba que el autobús era un barco en un mar extraño. Creía que de noche el campo se transformaba y que nunca era el mismo. Si uno se bajaba del autobús y se internaba en la oscuridad, cualquier cosa podía pasarle. El límite de la carretera era como el umbral de otro mundo, que le producía miedo. Pero se sentía seguro, pues la autopista, el autobús y los otros coches lo mantenían en su realidad.

—Es increíble la de cosas que pueden pasar —dijo—. Un chofer que trabajaba en esta ruta me contó que vió una bruja.

—Yo no creo nada de eso —se burló Esteban.

—Observa la noche. ¿No ves todo distinto?

—Todo es igual, pero sin luz. Igual —recalcó Esteban. Guardaron silencio, tomaron café y encendieron cigarrillos.

—Aunque te burles —dijo Gamaliel—, hay otros mundos posibles.

Después de un rato Esteban coincidió: —Sí, pero a millones de kilómetros de aquí.

Era lo que Gamaliel había deseado oír.

—Leí un libro, Los otros universos. Dice que podemos no encontrar nunca esos mundos y que podemos dar el encontronazo aquí y ahora. Es cosa de suerte.

—¡Suerte! —se rió Esteban—. No existe tal cosa.

A Gamaliel le pareció que hablaban muy fuerte y echó una ojeada al espejo para ver si los pasajeros seguían la conversación. Su mirada se encontró con un viejo harapiento que parecía estar ciego. Los ojos le tiemblan como luciérnagas, pensó con asco Gamaliel. Ese movimiento incontrolable e intermitente le provocaba gran repulsión.

—Sin ir más lejos, mira —señaló—: un ave de mal agüero.

—Sólo es un ciego —dijo Esteban en voz baja, después de volverse para verlo.

—¿Recuerdas cuándo subió?

—No —dijo después de una pausa Esteban.

—Pídele su boleto, y si no lo trae, lo bajamos.

—¿Cómo lo vas a bajar? —protestó Esteban—, déjalo en paz.

Por el espejo, Gamaliel vio sonreír al viejo, lo que acrecentó su coraje.

—¡Pídele su boleto! —exigió.

De mala gana, Esteban se dirigió al viejo. No, no tenía boleto. Esteban regresó al frente del autobús para informar a Gamaliel, quien al enterarse de que el viejo viajaba de polizón, empezó a frenar.

—No puedes dejarlo en plena carretera —dijo Esteban—. Al menos hasta Querétaro.

Gamaliel accedió pero no le dirigió más la palabra a su compañero. Iba tenso, pensando que con ese viejo asqueroso y de mal agüero cualquier cosa le podía ocurrir. Si de él dependiera, lo hubiera bajado a patadas desde que lo descubrió. Por el espejo lo veía sonreír con sarcasmo.

En la estación de Querétaro, Esteban le recordó al viejo que debía bajar. Sin dejar de sonreír, obedeció.

Más adelante, en la carretera de León, Gamaliel buscó una reconciliación con Esteban: tenía miedo, pues le pareció no reconocer el camino. Había demasiados árboles anchos y chaparros, impenetrablemente oscuros, que no recordaba haber visto en toda su vida.

—Creo que ese ciego ya nos saló el viaje —dijo.

—Ya lo bajaste —respondió con aprehensión Esteban.

—No sé —se disculpó Gamaliel—, como que no reconozco el camino.

Después de varios kilómetros, Esteban se quedó dormido. Gamaliel encendió el radio pero no pudo sintonizar ninguna estación. Sintió que alguien lo miraba por el espejo: los ojos intermitentes de luciérnaga del viejo.

—¡Maldito seas! —gritó al frenar bruscamente.

Esteban despertó.

—¡Bájalo ahora mismo! —ordenó Gamaliel.

—¡Déjalo! —respondió Esteban—. Qué te hace.

Gamaliel se serenó y dijo con seriedad:

—Si te interesa tu empleo, baja a ese pobre diablo ahora.

Molesto y contra su voluntad, Esteban fue al asiento del viejo.

—Señor, ya oyó al chofer.

El viejo no se movió. Esteban miró a Gamaliel: era tanta su aversión, que por nada del mundo tocaría al viejo y no volvería al camino hasta que él lo bajara.

—¡A patadas! —gritó Gamaliel.

Esteban lo tomó de los hombros y lo arrastró por el pasillo. En la carretera, el viejo hacía esfuerzos por subir y Esteban lo repelió a golpes. En vez de quitarse, el viejo buscaba con los ojos los puños de Esteban, quien sintió un líquido viscoso. Lo empujó más de dos metros y creyó que en la oscuridad el viejo desaparecía. Se frotó los ojos: no se veía por ningún lado.

Reemprendieron la marcha sin decir nada. Poco a poco, Esteban se volvió a dormir. A pesar de la tensión, Gamaliel fue recobrando la confianza: el camino le parecía el de siempre. En unas horas estarían en Guadalajara, cenaría algo y luego le cedería el volante a Esteban. Entonces, a dormir.

Encendió otra vez el radio y sintonizó música ranchera. Fumaba. De pronto, Esteban le pidió con voz ronca que apagara el radio.

—Tengo fiebre —anunció.

Gamaliel lo miró de reojo: casi imperceptiblemente, los ojos de Esteban comenzaban a parpadear como los del ciego. Prefirió no decir nada y tomó la resolución de dejar a su amigo en Guadalajara. No quería otra ave de mal agüero.

Tomó el entronque final y de nuevo se perdió. No reconocía el desierto que recorría el autobús: un paisaje lunar, como el que había visto en los libros sobre ovnis. Se detuvo en el acotamiento. Buscó su viejo mapa y lo observó detenidamente. Siguió hasta otro entronque y tomó una carretera desconocida, cruzó un puente sobre un río, que tampoco supo ubicar. Entonces temió que el viejo permaneciera en el autobús y miró el espejo:

sólo vio que los pasajeros ya se habían dado cuenta de que algo andaba mal. Lo miraban expectantes. Sin despertar del todo, Esteban le dijo:

—En el siguiente entronque das a la izquierda y al siguiente otra vez a la izquierda.

Encontró rápidamente el camino y en quince minutos ya tenía de frente la ciudad de Guadalajara. Condujo con alivio hasta la estación de autobuses. Cuando checaron con el controlador, esperaba que le preguntara por qué se habían retrasado. Miró el reloj: a penas eran las dos de la mañana.

—Se les hizo temprano —dijo el controlador.

El autobús pasó a revisión. Esteban le había pedido a Gamaliel que lo acompañara al comedor, pues la fiebre se mantenía y ya le costaba trabajo ver. Con repulsión, Gamaliel lo tomó del brazo.

—Estás enfermo. Será mejor que te quedes a que te revise el doctor.

—Sí, me siento mal —aceptó Esteban—, pero no tiene caso quedarme. El doctor de la línea llega hasta las ocho y en Culiacán me espera mi señora.

—Pero si casi no puedes ver —insistió Gamaliel.

—De momentos veo mejor —la mirada cada vez más intermitente de Esteban se centró en su compañero—. Veo cosas que no imaginas.

Tenía la determinación de continuar el viaje, así que Gamaliel se resignó. No quiso comer nada y tuvo una idea.

—Tengo que hablar por teléfono —avisó—. Tú espérame aquí.

Se dirigió casi corriendo a recoger la salida. Le explicó al controlador que Esteban no podía continuar y que se quedaría a esperar al doctor. En el autobús preguntó si todos estaban a bordo y arrancó.

Al salir de la terminal vio en la banqueta a Esteban, quien hizo una seña y saltó a la calle. Gamaliel frenó un poco y Esteban se paró frente al autobús. Se acercó a la puerta y Gamaliel aceleró, dándole un golpe con el costado. Aceleró más y lo vio por el retrovisor, tendido en la calle.

Manejó más de una hora embrutecido por la tensión. No quería pensar ni saber nada. Lamentaba haber lastimado a su compañero, pero estaba seguro de que por su estado habían pasado cosas muy extrañas: esos paisajes, las carreteras desconocidas. Sin duda todo se había debido al viejo ciego. Algún poder sobrenatural tenía, si no, cómo se explicaba que después de bajarlo permaneciera en el autobús. Era un ave de mal agüero.

De pronto se dio cuenta de que otra vez no reconocía el camino. Sintió deseos de llorar pero siguió manejando. La negrura del paisaje no le impedía percibir algo extraño. ¿De dónde habían salido esos bosques espesos de plantas amenazantes? Miró el espejo para corroborar su triste corazonada pero sólo distinguió a una mujer erguida y con los ojos muy abiertos. Le parecía irresistible: los rasgos se afilaban mucho, el cuerpo se veía fuerte, los pechos sobresalían retadores, el pelo brillaba. Sin embargo, una mueca le afeaba la boca.

Hacía mucho que debía haber subido la sierra, pero todo lo que veía era de una planicie exasperante. No veía

ningún otro automóvil. Entronques que no recordaba aparecían y lo obligaban a elegir una disyuntiva. Después tuvo la certeza de que muchos jinetes invisibles cabalgaban junto al autobús.

Se equivocaba con las velocidades, tomaba los peores caminos. En el espejo la mujer lo miraba detenidamente. No pudo más y detuvo el autobús.

—Señora —se volvió hacia ella con respeto— no entiendo nada, no sé dónde estamos.

—Ven —ordenó ella.

Era la única pasajera. Se acercó temeroso pero lleno de deseo. Ella lo besó con rapidez y pronto lo desnudó. Gamaliel, enfebrecido, alcanzó a pensar que la mujer lo abrazaba como abrazaría un reptil. Sentía que su rasposa lengua lo recorría todo. Cambió el recelo por el orgullo de poseer un cuerpo tan magnífico. Ella le daba un poder insospechado: se sentía fuerte, hábil, imaginativo. Nunca había copulado con tanta furia. Cerca del clímax mutuo, la mujer empezó a golpear la espalda de Gamaliel con algo que le pareció una rama llena de espinas. A un placer inmenso se le sumó un dolor igual. Ella gritaba y reía golpeándolo. Él se hizo a un lado y ella continuó con el castigo durante varios segundos. Botó el látigo y se echó a reír.

Gamaliel lloraba sin consuelo.

—Porque me has complacido —dijo después de un rato la mujer—, te revelaré lo que te sucede. Ofendiste a dos brujos: al viejo y a tu amigo. Él te guardaba de la furia del viejo. Pero los dos decidieron perderte en un mundo que no es el tuyo.

Tan espantoso le pareció aquello, que Gamaliel reconocía que todo era perfectamente posible.

—¿Regresaré? —balbuceó.

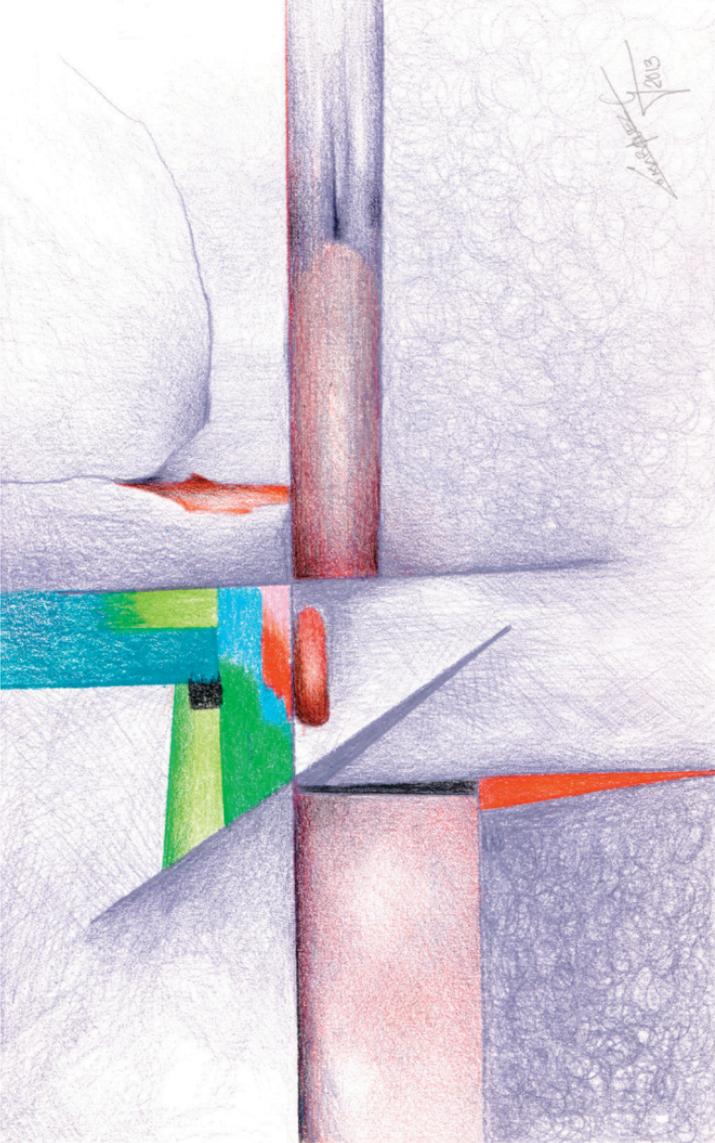
—Debes vagar por la llanura hasta encontrar otro brujo ciego. Le pedirás perdón tres veces y él te dará sus lágrimas. Con ellas te lavarás los ojos y perderás la vista; sólo así podrás ver el camino de regreso.

Gamaliel continuó llorando.

—¿Seré siempre un ciego? —preguntó.

—Serás un vagabundo ciego hasta que alguien de tu mundo te brinde la hospitalidad que tú negaste.

Gamaliel soltó más lágrimas y la bruja desapareció. 





LA HISTORIA DE LAS CEBOLLAS

A MÍ ME EDUCÓ MI TÍA JULIETA: RECUERDO SU OLOR DE solterona —cebolla, un perfume dulce, *Vick Vaporrub*— cuando mis padres me decían adiós en el aeropuerto y ella me abrazó con fuerza. Ellos salieron exiliados y el gobierno no les permitió llevarme porque con su desidia anarquista no me registraron sino hasta que empezaron las persecuciones.

No fue difícil mi vida con ella. La casa de la calle Oaxaca, en la colonia Roma, había pertenecido a mis abuelos, y ella la administraba con mano sabia reinando sobre las tres criadas y, por supuesto, sobre mí. Es cierto que tenía mal humor, pero también es explicable: de joven debió de ser muy hermosa, incluso más que mi madre y mis tías, y tuvo que resignarse a la soltería.

Casi no vi fotografías de juventud, pero de las pocas que recuerdo persistían aún en aquella época su altivez, sus rasgos finísimos y sus ojos tan claros que parecían blancos. Su fotografía más conocida, en la que su belleza resplandecía, se hallaba subordinada a la del abuelo, que presidía la pared del comedor: el contraste era obvio y natural: cejas oscuras, pobladas y picudas, como réplicas del ancho bigote, nariz aguileña, negros ojos coléricos. Me daba la impresión de que a través de ese retrato el abuelo seguía gobernando la casa, y me explicaba cómo mi madre, la hija menor, tuvo que huir con su ideas liberales y sus costumbres dispersas que no podían convivir con esa mirada; entendí también por qué, al ser desheredada e incluso desconocida, ella se consideró afortunada de que la decrepitud de mi abuelo le hubiera impedido exhibir toda la cólera de que era capaz y que un infarto agudo al miocardio se llevara cualquier tentativa de aumentar el castigo.

También persistía en los años de mi niñez la memoria de numerosos galanes extraordinarios que rondaron a mi tía Julieta cuando mamá fue niña: toreros, agiotistas, diputados, industriales, mariachis, cantantes de ópera. Todos corteses, guapos y adinerados. ¿Por qué no se casó? Nunca me atreví a preguntárselo, aunque la figura del abuelo explicaba gran parte del asunto.

En aquel entonces lo que más me dolía, en un sentido absolutamente literal, era ser la víctima de la decadencia de los tiempos. Aun cuando mi tía había asumido ser una solterona, a veces se escapaba con algún charlatán —supongo— que quería aprovecharse de ella.

—Los hombres de ahora son puros patanes —lloraba a la vez que me daba una tunda. A mis ocho años, aceptaba incluso con cierto regocijo esa educación sentimental, quizás porque intuía el amor en la violencia que puede haber entre dos personas del sexo opuesto. En verdad quise a mi tía.

Después de los fracasos en las tentativas amorosas, pasaba días y días taciturna y ensimismada, acaso presa de recuerdos de mejores épocas. Pero cuando nos visitaban la tía Sonia y la tía Refugio con su caudal de chiquillas, se ponía chapeada y en cierta forma rejuvenecía. Mostraba una sonrisa dulce y jovial, corría a Concha —una de las criadas— de la cocina y preparaba mole o adobo. Llamaba a mis primas e iba por mí, encerrado en mi pequeño cuarto, con un conciliatorio beso en la boca.

Le gustaba platicar viejas historias en la cocina. Creo que siempre les añadía algo nuevo, salvo a una. Llegado el momento propicio, me mandaba al huerto —unas cuantas hortalizas en el jardín— por un par de cebollas, que debía lavar cuidadosamente. Después, mi tía Julieta tomaba un inmenso cuchillo y empezaba a partir.

—¿Les he contado por qué la gente llora cuando parte cebolla?

—Sí, tía.

—¿Y por qué algunas personas huelen a cebolla?

—Sí, tía.

Y empezaba a llorar y a decir su cuento, que entonces me parecía ingenuo.

—Había una muchacha muy bonita que se encargaba de hacer la comida en su casa. Todos eran muy felices porque eran muy unidos y porque siempre comían muy rico. La hora de comer era la más importante en aquella casa. Pero la muchacha se enamoró de un joven muy blanco, que la visitaba en un caballo también blanco. Cuando se acercaba, el papá de la muchacha oía el animal y decía moviendo la cabeza: “Ahí viene otra vez Caballo Blanco”.

La historia avanzaba y la tía Julieta picaba la cebolla en trozos pequeñísimos. Cada vez lloraba más y nosotros le poníamos mayor atención aunque nos sabíamos de memoria el cuento.

—El joven la convenció poco a poco de salir en las noches con él a disfrutar del amor. Así pasaron días muy contentos hasta que su papá los descubrió. No les dijo nada, pero se puso muy triste porque pensó que eso sería el fin de la familia.

A esas alturas mis primas también lloraban y a mí se me nublaban los ojos.

—Una noche el joven le dijo a la muchacha que iría a pedir su mano. Ella lloró de felicidad. No sabía que su padre los escuchaba escondido detrás de un árbol. A la mañana siguiente ella le pidió a su padre un regalo muy especial porque su novio iba a pedirla esa noche y quería hacer una cena inolvidable. “Papá, dijo, búscame un ingrediente nuevo para que la comida sepa mejor que nunca”.

Mis primas, mis tías Sonia y Refugio, las criadas y yo llorábamos con lágrimas tenues.

—El padre fue a buscar al muchacho. Lo encontró trabajando su tierra. “¿Qué persigues con mi hija?”, le gritó. Muy respetuoso, el joven contestó: “Señor, por su hija yo daría el corazón”.

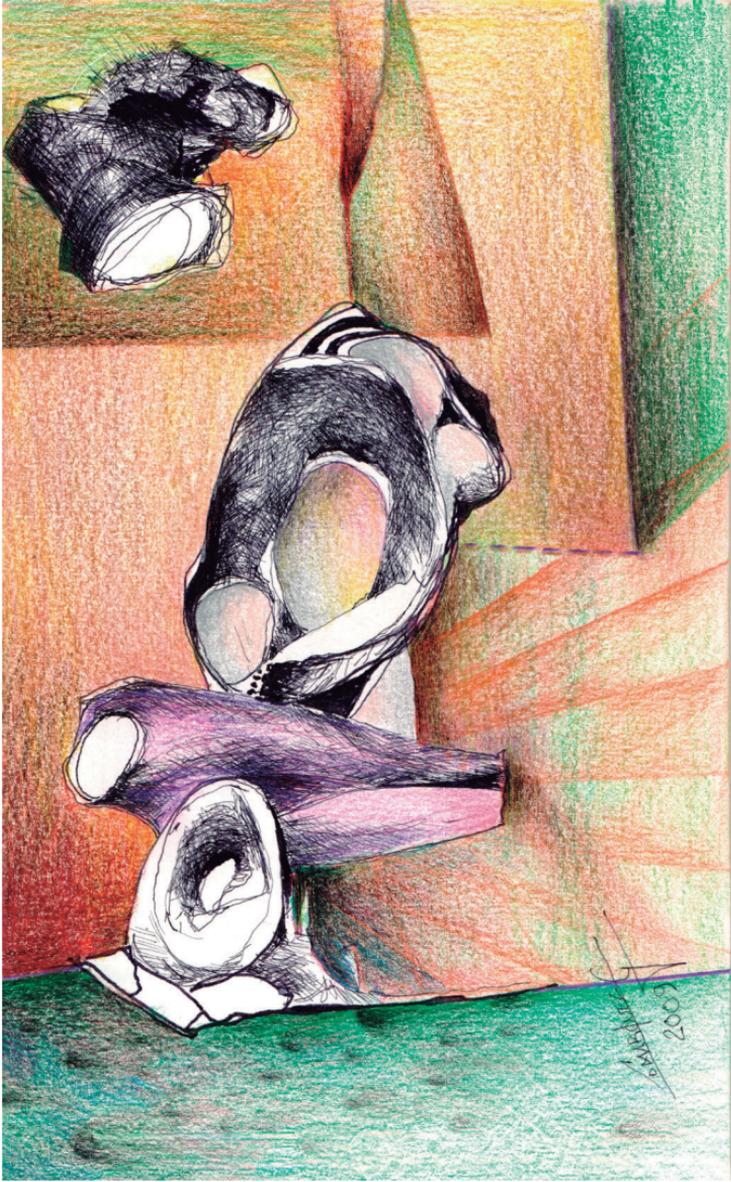
Cuando contaba esto, mi tía ya estaba limpiando su cuchillo, pero seguía llorando.

—El padre sólo dijo “Caballo Blanco, Caballo Blanco” y le abrió el pecho de una cuchillada. Sacó el corazón cuando aún latía y se lo arrojó al caballo, que murió al instante. El corazón les dio su color a los cuerpos poco a poco, hasta volverlos rojos como la sangre, y se puso blanco. Más tarde se lo llevó a su hija envuelto como regalo. “Se llama cebolla”, le dijo, “porque crece donde mueren los caballos”.

En esos momentos, el olor, que se había quedado en la cocina, y la ilusión de la muchacha nos hacían sentir una pena inmensa.

—Al partir la cebolla, ella descubrió el olor de su amado y comprendió que había sido castigada por su amor. Empezó a llorar, como ahora nosotros, triste y contenta de tener el corazón de su amado en las manos. Hizo su mejor platillo con la cebolla y después de cenar, murió.

Unos años después esta historia comenzó a parecerme bastante estúpida, y poco a poco fui olvidándola. La recordé porque en el periódico acabo de encontrar una nota curiosísima. Actualmente se construye un estacionamiento sobre un terreno ubicado en Oaxaca 21, donde vivía la tía Julieta. En lo que se presume era el jardín de la casa, los trabajadores encontraron doce cadáveres de hombres jóvenes. Tenían muchos años enterrados ahí. ☹️





MEMORIA DE ANAHÍTA

SE OCULTABA SIEMPRE EN UNA NUBE DE HUMO. YO DEBÍA apartar aquella espesura etérea con ambas manos para poder atisbar sus labios de un carmín encendido, aquella semisonrisa de ocultos significados y, a veces, bajo las pestañas artificialmente gruesas, los ojos color verdemar. Siempre rodeada de hombres oscuros, aunque transformados en una masa entre gris y plateada por su luz, por la luz de aquellos ojos y de aquella risa pura, semejava un arca inaccesible y plena de tesoros. Siempre lejana, siempre difícil, siempre cortejada. Y cuando me era dado alcanzar su mano llena de anillos dorados y de pedrería verde, el contacto de su piel en mis labios me prometía deleites opulentos.

¿Cómo la conocí, cuándo? Era un día primaveral. Estaba sola fumando un largo cigarro en una calle; el sol golpeaba con fuerza. Yo paseaba sin rumbo, y aunque no pude verla a plenitud me enamoraron de súbito algunos destellos breves y fugaces de su belleza cubierta de humo y de un perfume ácido. Tendría cerca de cuarenta años, pero pasado el tiempo, acariciando su espalda o besando sus pies, me pareció más joven. Era alta; su cuerpo, en todo generoso: no una figura atlética, ni delgadeces ascéticas, sino el lujo de la carne satisfecha. Se percató de que me detuve a contemplarla y me llamó muchacho y me pidió que arreglara su auto. Apenado, abrí el cofre, apreté algunos cables y la máquina funcionó. Ella soltó una carcajada, me miró y dijo que no podía ser mecánico. Con toda la ingenuidad intimidada que asomaba por mis ojos, di una respuesta que me valió su compasión: no, señora, escribo versos. Rió —apenas pude, entre el humo y la luz cegadora, vislumbrar los menudos dientes— y me dio la esquila.

Al día siguiente, acudí a la cita. Un mozo me abrió el portón y cuando atravesábamos el jardín umbroso y fragante la descubrí bañándose, desnuda, en una fuente de agua cristalina. Al notar mi presencia se echó a reír y desapareció entre lilas y violetas. Después de esperarla en el vestíbulo, el mozo me dijo que la señora Anahíta no podía atenderme pero que contaba con mi presencia en la tertulia de la tarde siguiente.

Esa imagen... El sol la dejaba ver por completo, toda la piel, húmeda, brillando, el cabello encendido, los pingües pechos flotando, las caderas generosas, el sexo

umbrío, las largas piernas... He perseguido esa imagen toda la vida, y aun cuando tuve a Anahíta en mis brazos, jamás volví a contemplar la plenitud de esa imagen...

Me costaba trabajo creer que esos hombres de traje oscuro y barba canosa fueran mis rivales. En aquella mesa rodeada de incienso, tapices bucólicos y chine-rías, se bebían licores de mil tonalidades y aromas, se derrochaba ingenio, se recitaban versos dulces y jocosos, se hacían confidencias políticas. Anahíta era el centro nebuloso e inequívoco; su risa estimulaba la conversación o su silencio la detenía. Acariciaba lo mismo el lomo de Colombina, su fiel falderilla, que las barbas eruditas o las piernas receptivas de sus invitados. Bebía una pócima verde en una copa por la que pasaba la golosa lengua una vez terminada. Mordisqueaba, entre sonrisas y recitaciones, chocolates, mentas, frutas envinadas.

De pronto se ponía en pie —menudos y armoniosos pies muchas veces descalzos— y podíamos entreverla envuelta en su aureola de humo y en un vestido verde que dejaba descubierta la espalda y que siempre parecía a punto de resbalar por su cuerpo. Entonces, soberana e inapelable, escogía a alguien de su séquito y lo llevaba a su alcoba.

Cada tercer día el rito era repetido. Durante un mes sentí que no podía rivalizar con ellos, los que conversaban y reían despreocupada y animosamente. Permanecía silencioso, expectante, atrapado de todos sus movimientos, de todos sus gestos, de todas sus miradas. Me descubría mirándola ávidamente, y me

pedía que hablara: apenas unos balbuceos tímidos, que su risa interrumpía. Cuando lamenté mi presencia en ese lugar y me prometí no volver más, ella me escogió. No permitió que yo develara el misterio de su carne. Se dejó la única prenda interior que a veces usaba, las medias, y me arañó como felino herido cuando se las quise arrancar.

El incienso, los delicados perfumes, el sudor, el aliento enervado, el verde luminoso de los ojos entrecerrándose de gozo, la flor en agonía de la boca, la cadena de oro en el albo cuello, la piel que se adhiere, la tersura de la espalda, la flora castaña de las axilas, las uñas exigentes, la abundancia navegable de las nalgas frutales, la caricia estrecha de paredes húmedas, el grito agudo, el gemido, las palabras entrecortadas, el chasquido de los cuerpos que se acoplan, la risa, la saliva renovada, la aureola virginal de los pechos suntuosos, la seda jugosa de la vulva... todo fue mío...

En verdad ella se entregaba como emperatriz autoritaria. Me daba órdenes con su cuerpo. Me cambiaba de lugar, me exigía no terminar, me mordía... A veces gustaba de fumar hachís en una pipa que el mozo le traía, y en esas ocasiones llegaba cinco veces o más a la cima de su placer. Lloraba en los momentos más intensos. Otras veces, después de cumplir sus caprichos más demandantes, me decía sátiro, se decía ninfa violada y continuaba su magisterio babilónico.

Y después de la ternura y la rabia, del amor y la furia, el pago. La primera vez me sorprendió mucho y nunca me acostumbré. Me preguntó cuánto dinero

traía. Cuando le contesté se encogió de hombros y me pidió que lo dejara sobre el tocador. No importaba la cantidad. A veces dejé unas monedas, a veces todo mi sueldo. Nunca se quejó ni pidió más. La vez primera estuve a punto de decir: “De modo que...”, pero me quedé callado. No podía ser, no podía vivir de eso: la casa, los mozos, los coches, todo por un ingreso variable cada tercer día. Además nunca pregunté a los demás si les cobraba... No era un cobro, era una especie de regalo exigido... Algunas veces planeaba no dejarle nada, pero en el último momento no sólo no me atrevía sino que además dejaba mi reloj o alguna otra joya de poco valor.

Otro día notó en mí cierta tristeza, y sin detener la lección amatoria, me preguntó qué me pasaba. Le dije que me iba a casar con mi novia del pueblo.

—¿Estás enamorado?

—No sé.

—¿De mí también?

Ese mes fui su favorito. No sólo me escogía en las tertulias, sino que me invitaba a su casa todos los días. La última semana me dijo que sería la última. Rogué, gemí, lloré. Ella se mostró más demandante y más complaciente. Dormíamos, desayunábamos, nos bañábamos juntos. El último día lo pasamos en el jardín y en la alcoba. Le supliqué no me abandonara. Ella rió.

—Yo también te quiero. Tu muchacha pueblerina es tan terrible como yo; no puedes contener dos fuerzas semejantes

Hicimos el amor, me bendijo y sólo me pidió que no regresara. 



LA CONVERSIÓN DE FROYLÁN MATEOS

NO SUPO EN QUÉ MOMENTO COBRÓ CONCIENCIA DEL mal. O cuándo emergió esa conciencia a un plano más consciente, pues reconoció que en el fondo siempre había estado allí. El problema no es si soy malo, le confió a Mendizábal una noche después de una jornada de ensimismamiento, eso no importa en absoluto: el problema es saber que soy malo.

Había empezado a matar desde muy joven. Don Gonzalo Santos lo había contratado para deshacerse de un revoltoso de la Huasteca: sólo había que darle un tiro. A Froylán Mateos le pareció cosa de risa: por qué don Gonzalo tenía que contratar a alguien para

que realizara algo tan sencillo. Era como la gente que contrataba a alguien para destapar una cañería o para pintar un tejado.

Cuando quemó el templo, el ejército lo persiguió tenazmente, y por el aprecio que le tenía, Gonzalo Santos le consiguió un empleo en la Ciudad de México, bajo las órdenes de un amigo suyo en la policía judicial. Un empleo sencillo que le permitía satisfacciones razonables en su tiempo libre: mujeres y bebida, principalmente. En esos gustos había gastado su primera paga como asesino, y seguía fiel a su origen.

Ahora tuvo que reconocer que incluso en los primeros años había una conciencia diminuta escondida en alguna parte de su cerebro o de su alma —aún no forjaba el concepto adecuado—, una conciencia de que por su mano actuaba el mal. Aunque durante años no le había molestado en absoluto. ¿Cómo lo fue descubriendo? Tuvo una breve iluminación, cuando para celebrar su quinto homicidio se tatuó la imagen de un diablo en el brazo derecho, el que dispara y mata. ¿Por qué un diablo?

El mismo diablo, el inofensivo diablito que aparecía en las cartas de la lotería, todo rojo, con sus cuernos, su bigote delgado y traje elegante, empezó a aparecérsele con el uso de las drogas decomisadas. Y luego los rosarios sangrantes, las vírgenes lloronas, los santos acuchillados, los cristos baleados. El problema, le comunicó a Mendizábal, es que siempre he creído en Dios. Ése no es ningún problema, replicó su compañero, al contrario. No entendía: cómo podían creer ambos y

no importarles el castigo. ¿Habría un castigo? Y si lo había por qué no le había importado nunca.

¿Desde cuándo había creído? Desde siempre. Su madre lo llevaba a misa de vez en cuando. Hizo la primera comunión con otros niños que, al igual que él, se habían aprendido partes del catecismo. Se confesó. Comulgó. Aquello no le supo a nada. Todo ello no había significado nada. Tampoco para los demás niños, que ya se estaban peleando e insultando antes de que terminara la misa. Él sintió sueño. Estaba aburrido. No entendía lo que decía el ancianísimo sacerdote. Lo único que lo diferenciaba de un ateo fue que desde el primer momento que alguien —¿su madre, su hermana?— le había dicho que había un Dios creador de todo, que castigaba a los malos y premiaba a los buenos, él lo había aceptado sin chistar; y esa teología simple lo había acompañado toda la vida sin preocuparle mucho la obvia conclusión de que él sería uno de los castigados.

Meses pasaron y Froylán Mateos seguía ensimismado, haciéndose preguntas. Cumplía su trabajo como siempre, el trabajo que de vez en cuando lo hacía disparar y eliminar a alguien. Hasta que un domingo de descanso vio en la televisión, durante la transmisión de un partido del campeonato mundial de fútbol, un letrero que sobresalía en las tribunas: John 3:16. Qué es eso, preguntó a su mujer, que miraba sin interés. Me suena a los testigos de Jehová o algo de eso, contestó. Juana Mina era católica, iba a misa de vez en cuando, tenía crucifijos, pero no le interesaba nada que tuviera que ver con la religión. El letrero con un nombre y dos

números se quedó grabado en la memoria de Froylán Mateos: había un mensaje cifrado, y el destinatario era él, sólo él. Algún desconocido lo había colocado en un estadio francés, y a través de las cámaras, los satélites, las antenas, había recorrido miles de kilómetros para llegar a sus ojos y hacerlo cavilar incesantemente. Eso era el poder de Dios.

Días después el jefe les encargó a él y a Mendizábal un trabajo: según informantes en la parroquia de San Pablo Tlihuaca, en Azacapotzalco, narcotraficantes coludidos con el sacristán escondían kilos de cocaína. Mateos dejó a Mendizábal la inspección mientras él interrogaba al señor cura. Hizo el interrogatorio de rigor. Despachado el asunto de la droga —Mendizábal no encontró nada— atajó al sacerdote:

—Padre: qué es Juan 3:16.

El padre miró al cielo con exasperación: ¿otra vez, Señor?

—Es un versículo de la Biblia. Lo usan los protestantes para argumentar contra el purgatorio, la penitencia, las buenas obras y la intercesión de los santos. Los pobres creen que basta con la fe para ir al cielo.

—¿No puede decirse? ¿Está prohibido?

—“Porque tanto amó Dios al mundo —recitó—, que le dio su unigénito Hijo, para que todo el que crea en Él no perezca, sino que tenga vida eterna”.

Froylán Mateos no entendió lo del “unigénito Hijo” ni le importó, pero la segunda parte lo inquietó:

—¿Todo el que crea en Dios?

—Así es.

—¿Sólo con creer no muere y tiene la vida eterna?

—¿Ves el error? No puede interpretarse a pie juntillas como hacen los protestantes, sino a la luz de otros versículos.

—¿Basta creer en Dios? Y si uno cree y es... —Froylán Mateos sintió un ridículo existencial inevitable al pronunciar la palabra—... y es malo.

—Todos somos malos. Pero no basta la fe, aunque los protestantes dicen que si se tiene fe se empieza a dejar el camino del pecado.

De modo que después de tantos años venía a coincidir poco a poco con los protestantes. Era para morir de risa. Los protestantes significaban para Froylán Mateos ese puñado de matrimonios jóvenes, algunos adinerados, algunos muy pobres, siempre acompañados de algún gringo, que asistían al templo recién edificado en Tanquián. Eran aquellos que habían llorado con más tristeza que rabia y se habían puesto a rezar —a “orar”, decían ellos— en los escombros del templo. ¿Cómo había sido todo? Don Gonzalo Santos se había robado una muchacha, que resultó ser sobrina del padre Santiago Rubio. Después hablaron por horas en casa de don Gonzalo, quien al terminar ordenó a Froylán Mateos: ponte a las órdenes del padrecito. Lo que más odiaba después de ver a su sobrina ultrajada eran los protestantes: había que quemar el templo.

Después de hablar con el sacerdote pensó que debía leer la Biblia, pero al poco tiempo abandonó el proyecto: habría que conseguirla en algún lugar que no imaginaba —recordaba que a los protestantes de Tanquián los

gringos les traían desde los Estados Unidos Biblias en español—, y por supuesto habría que leerla “a la luz de otros versículos”. ¿O qué había dicho el cura? ¿Y a qué horas leería? Podía acercarse a una iglesia. Dios le había puesto una en su camino, pero su en su recuerdo de las misas a las que había asistido no halló ni una explicación de la Biblia para ignorantes. Recordó que los protestantes de la Huasteca —tuvo que espiarlos durante algunos días— se reunían en ocasiones sólo para leer y comentar lo leído, y consideró buscar un templo: más de treinta años después de quemar uno empezaba a sentir simpatía por sus víctimas; pero abandonó la idea porque con la simpatía se asoció la vergüenza: no, nunca podría ingresar a una comunidad protestante.

Lo que no pudo abandonar fue la idea, que lo abatía aunque no sabía por qué, de que puesto que creía viviría eternamente en el Paraíso. La mujer con la que vivía, que asistía a misa, en el fondo no creía en nada. Ella no sabía, pero Froylán Mateos sí: Juana era incapaz de creer en nada, Juana iba a perecer.

Eso le pesaba, aunque no tanto como la conciencia de que él, el que había quemado el templo de los creyentes, el que había abandonado mujeres e hijos, el que había torturado, el asesino, el instrumento del diablo, tendría la vida eterna. No podía con eso. Había matado personas de todo tipo, y nunca le habían pesado unos más que otros. Lo mismo le daban los matones peores que él, que los “agitadores” (gente que creía en revoluciones y en los derechos), los traficantes de

drogas que los homosexuales. Servía al Estado y sólo obedecía órdenes, pero ahora veía claro: matar es servir a Satanás. Y ahora empezaban a pesarle cada una de esas muertes, y ahora tampoco hacía distinciones: le dolía cada uno de sus muertos hasta el amor. Y a veces rezaba en la patrulla: “Dios mío, Dios mío, mándame al infierno”. Pero sabía que era inútil: ahí estaba Juan 3:16: todo el que crea en Él vivirá eternamente. Y las alucinaciones lo perseguían: la virgen María y la de Guadalupe, San Martín de Porres y un Jesús sangrante se le aparecían en la duermevela y le ordenaban dejar la Policía Judicial, vigilar su revólver para que dejara de hacer el mal, ir a la provincia y vivir en paz. Pero Froylán Mateos era un hombre práctico. No podía abandonar todo así como así. Tenía obligaciones con la Judicial y, aunque mínimas, con Juana Mina.

...

Ni el jefe, ni Mendizábal, ni Juana lo habían entendido. Sorpresa, tristeza y rencor les había causado. Lo hacía por el bien de todos, porque era el deber de cualquier creyente. No sabía cómo iba a hacer el bien ni le interesaba. Sólo le importaba dejar por fin de practicar el mal. Decidió no ir a la Huasteca, donde había gente que podía reconocerlo, a pesar de los años transcurridos. Eligió un destino casi al azar en la estación de autobuses: Colima. Lo mismo pudo elegir Saltillo o Villahermosa; lo importante era dejarse conducir a donde Dios quisiera.

Después de doce horas en autobús, nueve viajando en la caja de las camionetas de los rancheros que pasa-

ban cargando jitomates y piezas para tractores, y tres horas andando, Froylán Mateos sintió que ya no tenía una idea clara de donde estaba. Había pasado montañas azules envueltas en bruma, valles donde miró tantos tonos distintos de verde que no pudo comprender cómo era posible que sólo existiera una sola palabra para nombrar miles de colores que no eran el mismo.

La costa aparecía, lejana, otra vez ante los ojos de Froylán Mateos, y pensó que se acercaba a su destino. Quería encontrar un lugar lo suficientemente solitario para quedarse unos días. El objetivo principal era enterrar para siempre el revólver con el que había servido tantos años al mal. Después iría a otros pueblos. Tal vez se volviera pescador.

Caminó añorando la playa, la brisa, el mar. Apenas había comido algunas tortas correosas desde su salida de la Ciudad de México. Encontró una cocina muy cerca de la playa. Apenas una choza pobre aislada del caserío, que anunciaba comida a precios módicos con un letrero casi despintado. En el diminuto salón sólo había algunas moscas que volaban alrededor de las mesas y se posaban en los salseros. Después de descansar un buen rato franqueó la puerta que separaba el salón de la casa que seguramente habitaban los dueños del negocio. Llamaba pero nadie contestaba. Sin pensarlo mucho inspeccionó la casa hasta encontrar una habitación llena de veladoras, donde un hombre joven rezaba el rosario hincado en el piso.

—Perdón.

El joven lo miró con horror, aunque también con cierta satisfacción, como si lo hubiera estado esperando.

—Policía —gimió—. ¿De México?

Froylán Mateos asintió: no deseaba dar explicaciones. Policía o judicial retirado, qué más daba. La cara enfermiza del muchacho se ensombreció aún más. Le temblaba la quijada.

—Sé que ha venido a matarme.

Froylán Mateos sonrió ante el disparate y no supo qué decir para apaciguar al escuálido mozalbete. No quería explicar nada, sólo quería hacerle ver que el poder de Dios lo había apartado de la senda del mal y que sus días de asesino habían terminado. Acarició, sin embargo, la cacha del revólver guardado en el bolsillo de la gabardina y miró el piso, que reflejaba las luces de las veladoras. Estaba intrigado.

—Me lo dijo vieja que hace las limpias: “Un hombre mayor, policía para más señas, de tu mismo barrio o ciudad, acabará con tu vida antes de que cumplas veinticinco años”. Por eso vine aquí, donde nadie podía encontrarme.

Tendría que tranquilizarlo, que asegurarle que no era él el hombre de la profecía; tendría que decirle que no había profecía que valiera, sólo el poder de un Dios que lo había hecho cambiar. Eso quiso hacer Froylán Mateos pero antes de abrir la boca el muchacho ya lo estaba atacando con un puñal. El instinto y la práctica lo hicieron defenderse aun cuando desde muy lejos su conciencia le decía que podía dejarse matar, acaso así acabara por limpiar su alma. Pero sus puños intentaban

dominar al joven y evitar las dolorosas heridas en el hombro y el costado. Pensó que sería mejor dominarlo, desarmarlo y entonces explicarle todo, y así ahorrarle la pena de ser también un asesino. Y por dominarlo extrajo el revólver, al que el joven se aferró con todas sus fuerzas, y el que rápido se disparó sin que Froylán Mateos pudiera saber cómo. De pronto un cadáver aterrorizado lo abrazaba, le echaba todo su peso, se resbalaba por su cuerpo manchándolo de sangre.

Froylán Mateos supo con exactitud cuál sería su destino: después de enterrar el revólver caminaría sin descanso con un rumbo fijo que era más bien una idea: lejos de los hombres, cerca del mar. 🌀



Carlos M. Márquez

Nació en México, DF, estudió Arquitectura en la UNAM y Artes plásticas en el INBA, cursó la maestría en Artes Plásticas y Visuales en la Academia de san Carlos. Ha realizado exposiciones individuales y colectivas en diferentes espacios culturales en México y en el extranjero.

Ganó medalla en la Tercera Trienal de Mieczynarowe, “En contra de la guerra”, en Lublin, Polonia. Obtuvo el primer lugar en el Concurso Nacional Interpretación Moderna del Ingenioso Hidalgo don Quijote de la Mancha; la beca de producción en el Programa de apoyo a la docencia, investigación y difusión de las artes que otorga el CONACULTA; mención honorífica en la Séptima Bienal Nacional “Diego Rivera”, además de mención honorífica en la categoría de dibujo en el concurso “Imágenes de vida”, Derechos humanos de las personas que viven con VIH sida. Todos estos reconocimientos los obtuvo en México, DF.

Actualmente imparte clases en el Colegio de Ciencias y Humanidades del plantel Naucalpan. 

Índice

9. La doncella
en la torre
21. Camino
de luciérnagas
37. La historia
de las cebollas
45. Memoria
de Anahíta
51. La conversión
de Froylán Mateos
61. Carlos
M. Márquez

DIRECTORIO

UNAM

Dr. José Narro Robles

Rector

Dr. Eduardo Bárzana García

Secretario General

Ing. Leopoldo Silva Gutiérrez

Secretario Administrativo

Dr. Francisco José Trigo Tavera

Secretario de Desarrollo Institucional

Enrique Balp Díaz

Secretario de Servicios a la Comunidad

Lic. Luis Raúl González Pérez

Abogado General

Dr. Héctor Hernández Bringas

Coordinación de Planeación

Presupuestación y Evaluación

Renato Dávalos López

Director General de Comunicación Social

CCH

Dr. Jesús Salinas Sánchez

Director General

CCH NAUCALPAN

Dr. Benjamín Barajas Sánchez

Director

Mtro. Keshava Quintanar Cano

Secretario General

Biol. Rosa María García Estrada

Secretaria Académica

Lic. Raúl Rafael Rodríguez Toledo

Secretario Administrativo

Mtra. Olivia Barrera Gutiérrez

Secretaria Docente

Biol. Guadalupe Mendiola Ruiz

Secretaria de Servicios Estudiantiles

Ing. Víctor Manuel Fabian Farías

Secretario Técnico del Siladín

Mtro. Ciro Plata Monroy

Secretario de Cómputo y Apoyo al Aprendizaje

C.P. Ma. Guadalupe Sánchez Chávez

Secretaria de Administración Escolar

Lic Rebeca Rosado Rostro

Unidad de Planeación

Mtra. Reyna Rodríguez Roque

Jefa del Depto de Comunicación

Títulos anteriores

Circunstancias
Octavio Barreda

Sonetos
Miguel Garza

*El monstruo
y otras mariposas*
Hiram Barrios

Pagafantas
Alejandro Espinosa

La noche en el espejo
Arturo Pedroza

Apertura al cielo
Alejandro Baca

No empiecen sin mí
Rita Cerezo

La

lectura guarda serendipias para quienes se acerquen a la obra de Nezahualcóyotl Soria. *El sueño del pez gato* es una colección de cuentos en los que el *Epos* más antiguo se confunde con el sazón de las historias bien contadas de nuestro siglo. Las mujeres son núcleos diegéticos que todo lo desencadenan, sueñarios, erotismos oníricos que nos sumergen en batiscafo a las profundidades abisales de lo que se siente ser mexicano. El lector será escafandrista a fuerza de inmersiones e hiperémesis poéticas. Las mujeres de estos cuentos sueñan a Monteverdi, son hetairas, nodrizas, prostitutas sagradas, creadoras esteatopigias, Tisbes con barbas azules, no se les mire a los ojos mientras se maquillan en el espejo de un cámafeo o míreseles bajo el peligro pétreo.

Cuando Julio Cortázar comparaba al cuento con el pugilato lo hacía sin mencionar a Aristóteles. Y es que el mazazo seco que tumba al lector y le quita la escafandra y lo ahoga, en la obra de Nezahuálcóyotl Soria, es la Anagnórisis.

ALEJANDRO ESPINOSA

